ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

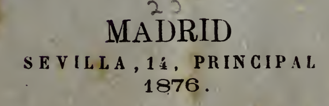
SIN DOLOR

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado en el Teatro de Variedades la noche del 28 de Marzo de 1876.



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1876.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

SIN DOLOR

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado en el Teatro de Variedades la noche del 28 de Marzo de 1876.

Al inteligente y simpático actor D. Domingo García

Matoses.

MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1876

DEL MISMO AUTOR.

¡SIN COCINERA!—Juguete cómico en un acto.

¡UNA PRUEBA!—Idem, id., id.

Á PRIMERA SANGRE.—Pasillo cómico en un acto.

NI TANTO, NI TAN CALVO...—Juguete cómico en un acto.

EL NÚMERO 107.—Juguete cómico en un acto, (escrito sobre el pensamiento de una obra francesa).

SIN DOLOR.—Pasillo cómico en un acto.

A DIEZ REALES CON DOS SOPAS.—Idem, id., id.

ZARAGATA, (*fragmentos de la vida de un infeliz*).—Novela cómica; un volúmen en 8.°, 4 rs. en toda España.

Imp. de la Sociedad Tipográfica, Flor Alta, 1.

AL

SEÑOR D. JOSÉ NOGUERA

dedica este modesto trabajo, como prueba del cariño y simpatía que le profesa

su afectísimo amigo

M. Matoses.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUANA (20 años)........	*Sta. D.ª Juana Espejo.*
D. PEDRO (50 años)......	*Sr. D. Juan José Lujan.*
LÚCAS (30 años)........	*Antonio Riquelme.*
MIGUEL (24 años)........	*Andrés Ruesga.*
TEODORO (19 años)......	*Salvador Lastra.*

SIN DOLOR.

ACTO ÚNICO.

Salon de una tienda modesta.—Puerta al foro con vidrieras y cortinillas de percal y dos laterales en segundo término.—A la izquierda del espectador una mesa de caoba y un espejo grande encima; sobre la mesa instrumentos de cirujano y dentista, varios tarros y frascos de elixires, recado de escribir, etc. A la derecha en primer término otra mesa con libros y papeles.—Junto á la mesa de la izquierda y frente al público un sillon antiguo de baqueta que tiene atado á uno de los brazos una cuerda de cáñamo que juega á su tiempo.—Sillas de anea alrededor de la escena.—Cuadros ó estampas en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, JUANA.

D. Pedro limpia las herramientas con un trapo blanco.—Juana, sentada, lee con muestras de interes una novela.—Pausa.

D. PED. Juana!... Juana!... Muchacha!...

JUANA. ¿Llama usted?

D. PED. ¿Quitaste el polvo á las sillas?

JUANA. Sí señor.

D. PED. ¿Limpiaste el espejo?

JUANA. Sí señor.

D. PED. Es que tú con tal de leer esas cosas, eres capaz de descuidar tus más sagrados deberes.

JUANA. ¿Y qué mal hago yo á nadie con leer?

D. PED. Te le haces á tí misma; porque luego todos esos embustes que traen las novelas se te quedan en la cabeza, y por la noche sueñas, manoteas,

das vueltas, y el dia ménos pensado, figurándote la heroina de uno de esos novelones, creerás que huyes con tu amante, te caerás de la cama; y si caes de bruces y te rompes los dientes...

JUANA. ¡Qué exageracion!

D. PED. No; yo lo sentiria, porque al verte mellada dirian los vecinos: «Pues señor, poco trabajo debe tener el dentista de la esquina cuando se entretiene en arrancar la dentadura á su hija.»

JUANA. ¡Ave María Purísima!

D. PED. Y yo quiero que crean que trabajo mucho; que digan de mí lo que de las noticias falsas: «Que corro de boca en boca.» Tu madre me desacreditaba y tú, segun veo, quieres hacer lo mismo.

JUANA. ¡Pobre madre!

D. PED. ¡Fué á la sepultura sin una muela! ¡Todas las perdió en nuestras luchas civiles... ó matrimoniales! ¡Què respondona era! Dios la tenga en su santo seno y no la deje volver por acá... amen.

JUANA. ¡Por Dios! ¡No hable usted así de ella!

D. PED. No; si porque yo le quitara las muelas á cachetes no dejo de conocer que se portó muy bien... muriéndose; porque viviendo ella no hubiéramos nunca salido de aquel villorrio infame... ¡Qué pícaro pueblo! ¡Todo el mundo tiene allí la dentadura sana! En cambio, Madrid... ¡ah! aquí arranco mucho (accion); como hay tanto empleado que come turron, y como el turron...

JUANA. (Con interes.) Á mí me gusta mucho Madrid...

D. PED. (Intencionadamente.) ¡Ya! ya sé que te gusta Madrid, y sé por qué te gusta, y sé...

JUANA. ¿Volvemos á las andadas?

D. PED. Sí señora, y volveremos cien veces. Ya he dicho que tus relaciones con ese chisgaravís...

JUANA. ¡Padre, no le llame usted chisgaravís! Es un hombre de bien.

D. PED. ¡Aunque lo sea!

JUANA. Es trabajador, está empleado...

D. PED. ¿Y vas tú á compararle con el hijo del tio Fanegas que es tan rico, que medio pueblo es suyo?..

JUANA. Pero será un brutazo, un animalote, un palurdo...

D. PED. ¿Quién te ha dicho á tí semejante cosa? ¿Pues no sabes que estaba estudiando en Teruel...

JUANA. ¿Y qué? ¡aunque haya estudiado...! no le quiero, vamos!

D. PED. Pues le querrás!

JUANA. Pues eso es una tiranía...

D. PED. Mira, en cuanto sepa quién es tu novio, le pego un cachete que le dejo sin dientes.

JUANA. ¡Tirano! ¡padre tirano!

D. PED. ¡Juana!

JUANA. ¡Y me vengaré comiendo yeso y bebiendo vinagre!

D. PED. ¡Muchacha!

JUANA. ¡Y me moriré de pasion de ánimo!

D. PED. ¡No me respondas!

JUANA. ¡Y diré que usted es la causa de mi muerte!

D. PED. ¿Pero te has vuelto loca?

JUANA. ¡Qué desgraciada soy! (Llora.)

ESCENA II.

DICHOS, LÚCAS (que lleva un carrillo hinchado y pintado por fuera con almidon y hace de cuando en cuando gestos y contorsiones demostrando un gran dolor de muelas.—Despues de entrar en escena cierra las vidrieras y se queda parado en el foro.—Durante la escena Miguel se asoma por el foro dos ó tres veces y desaparece al ver que Juana no está sola.)

D. PED. (Aparte á Juana.) ¡Muchacha! ¡No llores, que me desacreditas! ¡Va á creer éste que te he arrancado alguna muela!...

LÚCAS. (Aparte.) ¡Caramba! ¡Si parece que se me ha quitado el dolor! ¿Me habré equivocado? ¡Les tengo un miedo á estos tios!

D. PED. ¡Buenos dias tenga usted!

LÚCAS. Muy buenos dias, señores. (¡Quiá! ¡Si apenas me duele ya!)

D. PED. Tome usted asiento.

LÚCAS. Muchas gracias. (Se sienta.) (¡La presencia de este hombre me intimida!)

D. PED. ¿En qué puedo servir á usted?

LÚCAS. ¿A mí? ¡Qué sé yo!... (Titubeando.) (¡No, no me la saco! ¡Tengo miedo, vamos!)

D. PED. ¿Usted querrá sacarse algun par de muelas, no es eso?

LÚCAS. ¡Un par! ¡Que atrocidad! ¡Dos muelas nada ménos!

D. PED. Bien: ¡ó una! ¡es igual! Total, diez reales...

LÚCAS. No, si no es por los diez reales, sino porque... (Mira á menudo á Juana con compasion.)

D. PED. ¿Por qué?

LÚCAS. (Desatendiendo y mirando fijamente á Juana, á la cual va acercándose.) (¡Pobre muchacha! ¡Qué tiron le habrá pegado este animalote!) ¿Le ha hecho á usted mucho daño?

JUANA. (Asperamente.) ¡No señor!

LÚCAS. (Aparte.) (¡Quiá! ¡Friolera! sino que ésta dirá: ya que yo he pasado el mal rato, pásalo tú tambien; pero... ¡yo no me la saco!)

D. PED. (Aparte.) (¡Cuchichean! ¡Ojo avizor! ¿Será este pelagatos el que hace el amor á mi hija?)

LÚCAS. (A Juana.) ¿Y cuántas le ha sacado á usted?

JUANA. (Con despego.) Ninguna.

D. PED. (A Lúcas.) Pero oiga usted: ¿Usted ha venido á verme á mí ó á ver á mi hija?

LÚCAS. ¡Ah! ¿Es hija de usted?

D. PED. Si señor; ¿y qué?

LÚCAS. ¡Que sea por muchos años!

D. PED. ¡Gracias!

LÚCAS. ¡Es muy bonita!

D. PED. ¡Que lo sea! ¡Mejor para ella! (Sí, él es! Todo eso de la cara untada y la hinchazon es fingido.)

LÚCAS. ¡Pero es bonita, caramba!—¿Y le duelen las muelas? ¡Pobrecilla!—Sí, en casa del herrero...

D. PED. Le advierto á usted... (¡este hombre va á perder toda la dentadura!) ¡Le advierto á usted que no soy herrero!

LÚCAS. Pero señor mio, ¡si yo no le he dicho á usted que lo sea!

D. PED. En resúmen, caballero, á qué ha venido usted?

LÚCAS. (Perplejo.) He venido... á una cosa... y estoy arrepentido...

D. PED. (Sí, venia á ver la novia y se ha encontrado con el padre.) Con que... ¡arrepentido!

LÚCAS. Sí señor.

D. PED. ¡No lo entiendo!

LÚCAS. Verá usted: yo estoy empleado... en... estancadas... ¡estancado, amigo mio, estancado (¡Voy á tener que apelar á la fuga!)

D. PED. ¡Adelante!

LÚCAS. Pues bien; como el hombre... es débil... como la naturaleza... es flaca (¡ni sé lo que me digo!) en fin, que me enamoré de una muchacha.

D. PED. Estoy ya enterado de ello.

LÚCAS. ¡Ah! ¿La conoce usted? He tenido buen gusto; ¿no es verdad?

D. PED. No importa: el padre se opone y va á cogerlo á usted por el gañote y á plantarle en la calle. ¿Qué más tiene usted que decir?

LÚCAS. (Cada vez más perplejo.) Pues bien; yo tengo la dentadura más sana que se ha visto: ¡ni un mal dolor de muelas!...

D. PED. (¡Se turba!) Pues ¿y ese carrillo blanqueado?

LÚCAS. ¿Este carrillo?—Le diré á usted: es por... probar; es blanco cera de Matilde Diez. ¡Como ahora está tan en moda!... (Repentinamente.) Vaya... ¡Se continuará! (Sale velozmente perseguido por Pedro hasta el foro.)

ESCENA III.

D. PEDRO, JUANA.

D. PED. ¡Oiga usted! ¡Granuja! ¿Crees que no te he conocido? ¡Pero tú volverás! Y yo te aseguro que no has de salir entero de mis manos. (A Juana.) Quiero que sepas que soy inexorable, que quiero que se haga lo que yo mando.

JUANA. Lo que es usted es un tirano, un padrastro...

D. PED. ¡Juana, silencio! No me obligues á que abandone mis deberes de padre y me convierta tambien para tí en dentista. ¡Te casarás con quien yo tengo dispuesto!

JUANA. ¡Ay qué desgraciada soy!

D. PED. Y en cuanto á ese pelele, verás como tomo con él una determinacion enérgica...

JUANA. Pero señor, ¿no es un atropello atroz?...

D. PED. ¡Silencio!

JUANA. ¿No es una tiranía?...

D. PED. Ni una palabra más. ¡He dicho! (Vase por la puerta izquierda sin esperar contestacion.)

JUANA. Pues bien, me pondré enferma, me moriré... ¡Ay! ¡qué desgraciada soy!...

ESCENA IV.

JUANA, MIGUEL (que se asoma con cautela como ha hecho anteriormente, y viendo que no está PEDRO se adelanta ccn precaucion.)

MIGUEL. ¡Juana!

JUANA. ¡Ay Miguel!

MIGUEL. ¿Qué es eso, morena mia? ¿Has llorado?

JUANA. ¿No quieres que llore, si mi padre se opone cada vez más tenazmente á nuestros amores?

MIGUEL. Pero señor ¿por qué? ¡Si desde Adan hasta nues-

tres dias no ha habido amores más castos, ni más puros, ni más...

JUANA. Pues él no entiende de eso. Dice que quiera ó que no quiera me he de casar con un gañan, á quien no conocemos, que es hijo de un ricachon del pueblo donde hemos vivido.

MIGUEL. ¡Maldito sea el dinero!

JUANA. ¡Y como tiene muchas fincas!

MIGUEL. ¡Así se le quemen!

JUANA. ¡Y se llama el tio Fanegas!

MIGUEL. ¡Vaya un nombre! ¡D. Tio Fanegas!

JUANA. Y si se parece al padre, ¡tendrá unas manazas!...

MIGUEL. ¡Así de grandes!

JUANA. ¡Y unas patazas!...

MIGUEL. ¡Salva sea la parte! (Señala un gran tamaño.) ¿Y tú?... vamos á ver, ¿qué piensas hacer?

JUANA. En primer lugar: quererte toda la vida.

MIGUEL. Y yo á tí, hasta el fin del mundo.

JUANA. En segundo lugar no casarme con el hijo del tio Fanegas.

MIGUEL. ¡Eso jamás!

JUANA. En tercer lugar y último resultado... morirme.

MIGUEL. No; Juana, no por Dios; ¡no te mueras!

JUANA. O por lo ménos ponerme tísica hasta el segundo grado y no pasar de ahí. Ya se lo he dicho á mi padre.

MIGUEL. ¿Y qué dice?

JUANA. No hace caso; pero yo sigo en mis trece. ¿No es verdad que puedo volverme tísica comiendo yeso y bebiendo vinagre?

MIGUEL. No, hija, lo que harás con eso es levantar una tapia en el estómago y luego tendrás que tragarte una piqueta para derribarla.

JUANA. ¿No es verdad que soy muy desgraciada, Miguel?

MIGUEL. Sí; pero es preciso no arredrarse. Yo vendré á hablar á tu padre...

JUANA. No; no por Dios. ¡Si dice que en cuanto te vea te quita las muelas!

MIGUEL. Sí; ¡como es ese su oficio!

JUANA. ¡Ay Miguel! Si mi padre nos coge juntos, si nos sorprende, si te pega...

MIGUEL. ¿Y qué necesidad tengo de decir que soy tu novio si nos coge juntos? ¿No es esto un establecimiento público? ¿No puede entrar aquí el que quiera?

JUANA. ¡Ay, sólo de pensar en ello me tiemblan las carnes!

MIGUEL. Pues es preciso hacer algo; deslomar á ese novio cuando venga; delatarle como conspirador para que le prendan... ¡algo, en fin! (Pedro tose dentro.)

JUANA. ¡Ay, mi padre! vete corriendo, huye!

MIGUEL. (Coge una mano á Juana y la besa rápidamente.) No me olvides.

JUANA. O me caso contigo, ó me llevan á Panticosa. (Va á salir Miguel y tropieza con Lúcas que viene con una mano puesta en el carrillo.)

ESCENA V.

DICHOS.—LÚCAS.

LÚCAS. (Muy incomodado.) ¡Bárbaro! ¡Bien podia usted mirar dónde pone los piés! ¡me dan ganas de romperle á usted!....

MIGUEL. ¿Amenazas á mí? ¡Tome usted! (Le da un bofeton y sale huyendo.)

JUANA ¡Ay!

ESCENA VI.

JUANA, LÚCAS.

LÚCAS. ¡Ay! ¡Vírgen de Atocha! ¡Hotentote! ¡Cafre! ¡Animal! ¡Ay! (Saca una muela de la boca.) ¡Si me ha quitado una muela! (Tentándose la boca.) ¡Pero si son cuatro las dañadas!

JUANA. ¿Le ha hecho á usted daño?

LÚCAS. Sí; pero mirándolo bien, me ha ahorrado diez reales...

JUANA. Pues le ha hecho á usted un favor.

LÚCAS. Casi... casi... porque yo venia decidido á... ¿Lo ve usted? ¡lo de siempre, ya se me fué el dolor!

JUANA. Eso será el miedo.

LÚCAS. Eso debe ser; no tengo inconveniente en decirlo. En cuanto llego á mi casa empiezan las malditas á darme unas punzadas... ¡tan agudas! ¡tan fuertes! ¡Parece que me pone varas Calderon!

JUANA. En fin, llamaré á mi padre...

LÚCAS. No, señorita; no, por lo que más quiera usted en el mundo. ¡Se lo pido á usted de rodillas!

JUANA. Pero ¿no viene usted á curarse?

LÚCAS. Sí; pero ¿no ve usted que en cuanto pongo aqu los piés se me quita el dolor? Y es que en cuanto veo esa mesa, que me parece el tablado de la inquisicion.,.—Y su padre de usted que ¡tiene unos puños! Debe colgar del gatillo al paciente, el sillon y la...—¡Ay! ¡ay! ¡Què dolor tan fuerte me daria!

JUANA. Pero ¡si al cabo no tendrá usted más remedio que sacárselas!...

LÚCAS. Ya... ¡ya me lo supongo! pero... (tentándose la cara) ¡mire usted que es cosa particular! Nada ¡que ya no me duelen, vamos! Diga usted, ¿le han sacado á usted alguna muela, señorita?

JUANA. ¿A mí? No señor.

LÚCAS. Pero sabrá usted por experiencia si es operacion dolorosa.

JUANA. Sí, algo de eso tiene.

LÚCAS. Quiá! ¡Yo no me la saco!—Y su padre de usted ha anunciado en los carteles con letras gordas que las saca sin dolor. ¡No me cogerá entre sus garras, mientras yo tenga vida!

JUANA. No; no es tan fiero el leon...

LÚCAS. ¡Quiá! ¡para qué! Lo que hago yo es no volver á poner aquí los piés!—Vaya, abur!

ESCENA VII.

JUANA, LÚCAS, PEDRO.

D. PED. (Aparece al ir á marcharse Lúcas.) (¡Hombre! ¡otra vez aquí este botarate?) ¡Oiga usted!

LÚCAS. No; ¡ahora no puede ser! ¡tengo prisa!

D. PED. Oiga usted he dicho.—Tenemos que hablar.

LÚCAS. (Ofreciendo la mano á Pedro.) En ese caso, amigo mio...

D. PED. (Le pega en la mano.) ¡Yo no soy amigo de usted!

LÚCAS. (¡Caricias de saca-muelas!)

D. PED. Muchacha: ¡déjanos solos! (Vase Juana.)

ESCENA VIII.

PEDRO, LÚCAS.

D. PED. (Gravemente.) Señor mio: los dentistas, como los demas hombres, tenemos tambien paciencia; pero nuestra paciencia, así como la de los hombres, tiene su límite.

LÚCAS. Punto y aparte. (¿Qué le pasará á este tio?)

D. PED. Señor mio.

LÚCAS. Muy señor mio y amigo.

D. PED. Ya sabrá usted que estoy enterado.

LÚCAS. ¿Enterado?

D. PED. Sí señor; enterado de todo. Ya sabrá usted que yo me opongo terminantemente á esas relaciones.—Ya sabrá usted, ó se lo debe presumir, que soy un dentista absoluto sin pizca de parlamentarismo; que mi voluntad es la que aquí impera y que...

LÚCAS. Bien; pero todo eso...

D. PED. Todo esto es para decirle á usted claro, clarito, que desista usted de sus propósitos si está bien con su dentadura; váyase con la música á otra

parte y rompa para siempre esas relaciones que ni á usted le convienen ni á mí me honran. ¿Me ha comprendido usted?

LÚCAS. ¡Ni pizca, amigo mio!

D. PED. ¡Y dale con el amigo mio! ¡Si yo sólo soy amigo de la humanidad doliente!

LÚCAS. Pues bueno, por eso. ¡Yo pertenezco á esa humanidad! ¡Yo soy doliente tambien!

D. PED. (¡Pues no insiste en fingir que padece de la boca!) Vamos á ver, yo quiero que usted me conteste de una vez y con claridad. ¿A qué viene usted aquí?

LÚCAS. Mire usted: la verdad es que hace dos dias que yo no vivo, sufriendo un dolor de muelas... ¡atroz!!

D. PED. ¿Sí? ¡No hablemos más! (Se dirige á la mesa en busca del gatillo.) (¡Ahora verás tú si te cuesta cara la broma!)

LÚCAS. (Asustado.) Pero ¿qué va usted á hacer?

D. PED. He dicho que no hablemos más. ¡Siéntese usted ahí! (Le sienta á la fuerza en el sillon.)

LÚCAS. Pero, señor dentista, ¡si ya no...

D. PED. ¡Silencio! ¿No le duelen á usted las muelas? Pues eso tiene remedio: ¡se sacan! ¿Qué muelas le duelen á usted?

LÚCAS. (Levantándose rápidamente.) ¡Ninguna!

D. PED. (Incomodándose.) ¿Lo ve usted? ¡Embustero! ¡Farsante! ¿Ve usted cómo todo es mentira?

LÚCAS. Pero hombre, es que á mí me sucede una cosa particular.

D. PED. ¿Una cosa particular? Pues bien, de esta casa no sale usted con la dentadura completa.

LÚCAS. ¡Pero si ahora ya no me duele!

D. PED. Nada, ¡yo le he de sacar á usted media docena de muelas!

LÚCAS. ¡Qué atrocidad!

D. PED. ¡Soy inexorable!

LÚCAS. No, no, que me va usted á hacer ver las estrellas.

D. Ped. ¡Mejor! ¡eso quiero yo!

Lúcas. ¡Es que usted anuncia que las saca sin dolor!

D. Ped. ¡Eso es á los demas! Para usted es otra cosa.

Lúcas. Pero hombre, ¡por compasion!

D. Ped. ¡Ea, que perdemos el tiempo!

Lúcas. Hombre: se lo digo á usted de veras. Déjeme usted marchar, y si vuelven á molestarme vendré á sacármelas.

D. Ped. Bueno; le dejo á usted ir libre; pero júreme usted por lo más sagrado que renuncia usted á esos amores.

Lúcas. ¿A qué amores?

D. Ped. ¡No me haga usted hablar en balde! ¡Ya sabe usted lo que quiero decir! Jure usted que no trastornará la cabeza á la chica.

Lúcas. (Decidido á marcharse.) Bueno: ¡lo juro!

D. Ped. Jure usted que no volverá á hacerla el oso.

Lúcas. Sí señor: ¡lo juro!

D. Ped. Vaya usted con Dios; pero óigame usted bien: si se vuelve usted á presentar delante de mí, no le dejo á usted una muela en la boca.

Lúcas. ¡Corriente! ¡Sí señor! (¡Qué, si en mi vida me han dolido ménos que ahora!)

ESCENA IX.

D. Pedro, luego Juana.

D. Ped. Pero ¿por qué no he de arreglarlo esto desde luego? Sí señor, ahora mismo. ¡No quiero más quebraderos de cabeza.—Juana! Juana! muchacha!

Juana. ¿Me llamaba usted?

D. Ped. Sí: te llamo para decirte que el momento supremo ha llegado; habeis excitado mi bílis; habeis agotado mi paciencia, y el padre cariñoso se ha convertido en... en... juez inexorable.

JUANA. Pero ¿yo le he ofendido á usted? ¿Le he faltado al respeto?

D. PED. Sí; tú y ese pelele habeis conseguido al fin sacarme de mis quijadas.—Disponte, pues, al sacrificio. Ahora voy á escribir al tio Fanegas para que me envíe facturado á su hijo.

JUANA. Pues pierde usted el tiempo, porque no me caso con él.

D. PED. ¿No? ¡Ay pobrecilla! ¡Mira si tú te casarás!

JUANA. ¡Es una infamia!

D. PED. ¡Bueno! (Se dirige á la mesa y escribe.)

JUANA. ¡Es una tiranía!

D. PED. ¡Corriente! (Escribiendo.) «Mi querido amigo...» Bueno fuera que consintiera yo en tu enlace con ese... ¡Quiá! ¡Imposible!

ESCENA X.

DICHOS.—MIGUEL (que abre las vidrieras y se dirige de puntillas á Juana que está de espaldas á la puerta.)

MIGUEL. ¡Ya se me ha ocurrido un medio!

JUANA. (Asustada.) ¡Que está ahí mi padre!

MIGUEL. ¡Ah! (Sorprendido.)

D. PED. (Volviéndose y dejando la pluma.) ¿Qué es eso?

MIGUEL. (¡Caí en el garlito!)

JUANA. (Aparte á Miguel.) (¡Finge por Dios, no descubras nada!)

D. PED. Ah! ¡Servidor de usted! ¿Usted preguntaba?...

JUANA. (Entrecortada.) Sí; preguntaba...

MIGUEL. (Confuso.) ¡Por usted... sí señor... por usted!

D. PED. Bien; pues yo me felicito de poder ser á usted útil en algo... ¿Tiene usted alguna cariada?

JUANA. (¡Ay, qué compromiso!)

MIGUEL. ¿Cariada? Yo, si le he de decir á usted la verdad... no lo sé.

D. PED. Bueno; eso lo veremos. ¡Siéntese usted! (Va á la mesa y busca herramientas.)

JUANA. (Aparte á Miguel.) Pero ¿qué vas á hacer? ¿Vas á dejarte sacar una muela?

MIGUEL. (Aparte á Juana.) ¿Y qué remedio?

JUANA. (Idem.) ¡Y por mí! ¡por venir á verme!

MIGUEL. (Idem.) ¡Luego dirás que no te quiero!

JUANA. (A Pedro.) Pero, papá, ¿no ibas á escribir?...

D. PED. ¡Oh! ¡ántes que nada es la obligacion!...

MIGUEL. (Queriendo escapar.) No; si está usted ocupado volveré luego ó mañana... ¡es igual!

D. PED. ¡No! ¡de ningun modo! ¡no faltaba más! ¿Y mi conciencia?—¡Siéntese usted! ¡vamos á reconocer!...

MIGUEL. (¡En mi vida me he visto en semejante apuro!)

D. PED. Por el contrario. Yo tengo una satisfaccion en que haya usted caido en mis manos; porque estoy seguro de que le han de quedar á usted ganas de volver. ¡Tengo mucha experiencia! He sacado muelas públicamente, y he conseguido muchos aplausos... Lo mismo saco yo muelas con el gatillo, que con los dedos, que con cualquiera cosa que tengo á mano...

MIGUEL. (¡Cuánto habla!)

D. PED. Una vez saqué á un soldado un diente con un sombrero de copa... ¡qué entusiasmo el de los circunstantes! «¡Viva, viva!» me decian, como si yo fuera un héroe.—El público se quedó tamañito, lleno de asombro...

MIGUEL. (¡Me va á destrozar!) Y... ¿me hará usted mucho daño?

D. PED. ¡Quiá! ¡No señor! Un tiron ¡paf! (accion) y nada más.—Yo opero á la antigua. Ahora han descubierto algunos muchas enfermedades nuevas acabadas en *itis*, ¡todo eso es pamplina!—Dicen que el dolor no se produce en la muela, sino en un nervio sutil que pasa por debajo... ¡mire usted! ¡Como si las muelas estuvieran hilvanadas! Los americanos sacan el nervio; yo saco la muela y en paz y jugando.

MIGUEL. ¡Jugando! (¡Ay! me dan unos escalofrios!)

JUANA. (¡Pobre Miguel mio! ¡Si yo pudiera evitar!)
MIGUEL. (¡Me la saca, vamos, me la saca!)
D. PED. ¿A ver? ¡Abra usted la boca! (Le examina.) ¡Perfectamente!—(¡Todas parece que están buenas! ¿cuál le sacaré?)—Bueno! perfectamente! Y... ¿cuál va á ser la que vamos á quitar de enmedio?
MIGUEL. La que... ¡qué sé yo! ¡la que usted quiera!
D. PED. ¿La que yo quiera? ¡Qué esplendidez! ¡Usted es un paciente de aficion!—¿Ve usted? ¡Ahora estoy yo en mis glorias!
MIGUEL. (¡Y yo en un suplicio!)
D. PED. Crea usted que me gusta tropezar con gente como usted; valiente, decidida...
JUANA. Pero papá; si lo que puede que suceda es que... á este caballero le haya desaparecido el dolor... y no sea ya necesario...
MIGUEL. ¡Es verdad! Puede que ya no me duela y habremos de esperar...
D. PED. (Incomodado á Juana.) Mira, tú te callas... y no te metes en estas operaciones. ¿Sabria este caballero lo que hacia al venir aquí? (A Miguel.) Descuide usted, ¡todo se hará á gusto de usted!
MIGUEL. (¿A gusto mio? Ay! ¡Si yo hubiera sabido!...)
D. PED. Con que... ¿la que yo quiera? (Vuelve á examinarle.) (¡Ni sé cuál sacarle!) Bien; si á usted le parece... iremos sacando hasta que usted diga: ¡basta ya!
JUANA. (¡Qué horror!)
MIGUEL. ¡Ave María, hombre, que atrocidad! ¿Quiere usted que me quede sin ninguna?
D. PED. Y ¿qué perdia usted en ello? ¡vamos á ver! ¡Se ponia usted dentadura postiza... y *laus tibi Christi*. (Con la cuerda que hay atada á un brazo del sillon se dispone á asegurar á Miguel.)
JUANA. (¡Pobre Miguel de mi vida!)
MIGUEL. (¡Todo por tí, Juana!)
D. PED. (Echándole la cuerda encima.) ¡Es cosa de un momento!
MIGUEL. (Asustado.) Pero hombre, ¿qué hace usted?

D. PED. Atarle á usted por si pierde el valor y por si al dar el tiron le levanto á usted...

MIGUEL. Hombre, ¡qué atrocidad!

JUANA. Pero, papá, por Dios...

D. PED. (A Juana.) Ya te he dicho que nada de esto te importa, ¡vamos! (A Miguel.) Mire usted, yo así lo acostumbro á hacer en el pueblo. Una vez saqué á uno una muela en un periquete, y no me queria pagar.—«¿Con que voy á darle á usted diez reales, me decia, y el barbero no me llevó en otra ocasion sino una peseta, y eso que estuvo media hora llevándome con el gatillo de la sala á la cocina y de la cocina á la sala?»—Por eso desde entónces hago que trabajo mucho.

MIGUEL. Pero aquí, en Madrid, no se usa eso de atar...

D. PED. ¿No? ¡bueno! ¡como usted quiera! Yo soy muy condescendiente.—Lo primero que advierto al enfermo es que le dejo en libertad de quejarse. Porque hay algunos que, al salir la muela, se desahogan maldiciendo; pues bien, yo doy permiso para que se blasfeme cuanto se quiera.

MIGUEL. La verdad es que ya no me duele apénas.—¡Quizás con algun elixir pudiéramos conseguir!...

D. PED. ¡Quiá!—Tambien eso son pamplinas. Le doleria á usted mañana y tendria usted que volver aquí. Yo no soy partidario de los elixires ni de las recetas vulgares... Mire usted, hay gentes que dicen que para evitar el dolor de muelas, no hay como cortarse las uñas los lúnes... pues ¡todo eso es mentira! Por el contrario, no hay cosa más perjudicial que cortarse las uñas en ese dia.—Vaya! estamos perdiendo el tiempo, ¡manos á la obra! En el nombre del padre, del hijo... (Se santigua.)

MIGUEL. (¡Vírgen de los Dolores!)

JUANA. (¡Ay, pobre Miguel! ¿Qué haria yo para salvarle?)

D. PED. Vamos, eche usted la cabeza atras.

MIGUEL. No; ¡oiga usted! ¡un momento! ¡escuche usted dos palabras!

D. PED. Diga usted.

MIGUEL. La verdad es que... ¡estoy arrepentido! ¡dejémoslo para mañana!

D. PED. Hombre, ¡qué cobardon es usted!... ¡y usted dispense!

ESCENA XI.

DICHOS.—TEODORO, vestido de señorito de pueblo y de aspecto atontado é inocente.

TEODORO. ¿Es aquí donde vive un sacamuelas?

D. PED. ¡Dentista, dirá usted! ¡Una cosa es sacamuelas y otra cosa es dentista! (¡Qué trazas de zamacuco tiene!)

TEODORO. A mí me han dicho sacamuelas; la cuenta debe ser la misma.

D. PED. Para la boca de usted sí; pero para mi reputacion, no señor.

TEODORO. Bueno, pues es igual... pues yo venia... porque yo soy...

ESCENA XII.

DICHOS.—LÚCAS, que entra de prisa y se pasea impaciente por la escena aparentando sufrir un gran dolor.

LÚCAS. ¡Yo no puedo más! ¡Esto es el infierno lleno de agujas! (Todos se fijan en Lúcas.—Teodoro se entretiene mirando los cuadros de las paredes.)

D. PED. (A Lúcas.) Pero hombre, ¿no le he dicho á usted que no volviera más por acá?

LÚCAS. Sí señor, pero... ahora vengo muy decidido.

D. PED. ¡Qué atrevimiento!

LÚCAS. ¡Ya sé que es atrevimiento grande, pero yo no puedo vivir así!

D. PED. (Acercándose á Lúcas y al oido de éste.) Bueno; pues espérese usted un poco, y vamos á arreglar para siempre este asunto... ¡Me...rrrrrrevienta usted, hombre!

LÚCAS. ¡Bueno! ¡mejor! ¡me alegro mucho! ¡Ay!...

D. PED. (A Miguel.) Vamos; usted dispense que me haya entretenido haciéndole padecer. ¡Manos á la obra! ¡es cosa de un instante!

MIGUEL. No; mire usted, yo no tengo prisa.

D. PED. Pero ¡como está usted ántes!

MIGUEL. ¡No importa! ¡me esperaré! Sirva usted ántes á ese caballero. (Señalando á Lúcas.)

LÚCAS. ¡Ah! no, no señor. Yo sé lo que son los dolores de muelas, y no puedo por egoismo permitir que sufra usted esperando.

MIGUEL. ¡Oh, no! ¡Yo cedo el puesto de buena voluntad!

LÚCAS. Y yo tambien. Crea usted que no me violento...

D. PED. ¡Vaya, á un lado cumplimientos! Yo lo arreglaré como Salomon. (A Teodoro.) ¡Usted! ¡muchacho! ¡jóven! Siéntese usted aquí. (Teodoro, que estaba distraido, se acerca sentándose inocentemente.)

TEODORO. ¿Que me siente? Bueno; ¡me sentaré!

D. PED. (Aparte á Miguel.) ¡Ahora verá usted operar lo que se llama por sorpresa! (A Teodoro.) ¡Abra usted la boca!

MIGUEL. ¡Vamos á ver!

D. PED. ¡Es la última de abajo! ¡Perfectamente! (A Teodoro.) (¿Ve usted como éste tiene valor? ¡Así me gustan á mí los hombres!)

TEODORO. Pero ¿qué va usted á hacer?

D. PED. No, nada; ¡es por curiosidad! (Le abre la boca y mete el gatillo.—Teodoro quiere hablar y levantarse, pero no puede.—D. Pedro le tiene sujeto.) ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres! (Le da un tiron.—Teodoro se levanta rápidamente, saca el pañuelo y se tapa la boca, dando grandes gritos.)

TEODORO. ¡Ay! ¡Ay!

JUANA. } ¡Ay
MIGUEL. }

LÚCAS. (Qué bárbaro!)

D. PED. ¡Qué agarrada está!

TEODORO. ¡Bruto! ¡animal!

D. PED. ¿Como? ¿qué?

TEODORO. ¡Zopenco! Si yo no venia á sacarme ninguna muela...

D. PED. ¿Que no venia á sacarse usted ninguna muela? Entónces, ¿á qué venia usted?

TEODORO. ¿Por qué no me ha dejado usted hablar?

D. PED. Vamos, bueno, hable usted.

TEODORO. ¡Pues si yo venia!... Porque soy el hijo del tio Fanegas.

D. PED. ¿Del tio Fanegas? ¡Hijo mio! ¡Ven á mis brazos!

TEODORO. ¡Arre allá! Yo no soy hijo de usted ni quiero serlo, y vengo á decir que, aunque se empeñe mi padre, no me caso con la hija de usted.

D. PED. ¿Cómo que no? Vamos á ver, ¿por qué?

TEODORO. Porque no quiero ¡ea! en primer lugar... porque es más pobre que yo, y en segundo lugar porque no quiero casarme, porque... me tira la iglesia.

D. PED. ¡Te tira la iglesia! (¡Tú sí que debias tirar de una noria!) Pero si te lo manda tu padre!...

TEODORO. ¡Aunque lo mande la bula!

D. PED. ¡Qué aficionado sale á la iglesia! Ya habla de la bula como...

TEODORO. Y si no fuera porque se ha equivocado usted, le habia de costar caro el tiron que me ha pegado... Y con esto no canso más... (Vase.)

D. PED. ¡Anda con Dios! ¡Si yo te cogiera otra vez!...

ESCENA XIII.

DICHOS menos TEODORO.

JUANA. ¿Lo ve usted, padre?

D. PED. Sí que lo veo ¿y qué? ¿Crees que por eso voy á dejarte casar con ese pelafustan?

LÚCAS. ¿Con quién? ¿Conmigo? ¡Qué más quisiera usted!

MIGUEL. ¿Y conmigo?

D. PÉD. ¡Si fuera con usted!...

JUANA. Si yo no tengo nada que ver con ese... mi novio

MIGUEL. Pues bien; yo pido á usted la mano de su hija.

JUANA. Padre: ¡yo tambien se lo ruego á usted!

D. PED. Pero ¿no es ese tu novio?

MIGUEL. JUANA. } ¡No señor!

LÚCAS. ¡Para novias estoy yo ahora!

D. PED. Hombre, ¿entónces qué es lo que usted busca aquí?

LÚCAS. Pero ¿no lo ve usted? Busco que me deje usted sin muelas.

D. PED. Pero ¿de veras?

LÚCAS. ¡Ay! ¡Ojalá no lo fuera!!

D. PED. Bueno. ¡Siéntese usted! (¡Este es muy cobardon! ¡hay que atarle!) (Ata á Lúcas.)

MIGUEL. Y de lo nuestro ¿qué dice usted?

D. PED. Bueno: ¡ahora hablaremos! ¡Quedaos aquí por si necesito que me ayudeis á hacer fuerza!

AL PÚBLICO.

Mientras saco á éste una muela
Sin que á mí nada me duela,
Ruego á nombre del autor
Que este público ilustrado,
Nos dé á entender que ha escuchado
El juguete... ¡SIN DOLOR!

TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.